

EN ROMA, CON MONSEÑOR USSIA (I)

POR MARINO GOMEZ-SANTOS

Los corresponsales de Prensa se habían ido a dormir hacia las diez y media de la mañana, después de varios días de tensión, en espera de que fuera liberado de un momento a otro el padre Marcos Ussia Urruticoechea, consejero eclesiástico de la Embajada de España ante la Santa Sede.

Por fin, a primera hora del miércoles pasado, cada cual pudo telefonar a su periódico la crónica con las incidencias del secuestro, según el testimonio personal de monseñor Ussia, que recibió a los periodistas en una entrevista de una hora de duración.

Nuestra compañera María Francisca Ruiz, una vez más, había dado las más claras pruebas de su competencia profesional.

Diálogo camino de Roma

A primera hora de la tarde llegábamos al aeropuerto de Fiumicino. En el camino hacia Roma, un sacerdote que iba en el autobús al frente de una peregrinación nos reconoció.

—¿Va usted a entrevistar a monseñor Ussia?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—No es difícil suponerlo. Me imagino que con la noticia que se ha producido hoy usted no puede venir a hacer turismo.

—¿Conoce a monseñor Ussia?

—Algo.

—¿Es simpático?

—Desde luego. Pero como vasco, hombre de pocas palabras. Además, después de lo que el pobre monseñor habrá pasado estos días, no creo que tenga ánimo para conversar.

La primera impresión no era, ciertamente, halagüeña, pero nos ponía en guardia.

Cierto que no habíamos ido a Roma para conversar con un actor de cine y que monseñor Ussia, después de su cautiverio, velaría por la discreción. Eso ya lo habla-

mos supuesto al salir de Madrid.

Luces encendidas

En la sala de espera de la Embajada española cerca de la Santa Sede hay dos cuadros religiosos y un tapiz. Sobre un velador, esos periódicos atrasados que se encuentran en el dentista, de manera que en ellos aún no se ha producido la noticia del secuestro de monseñor Ussia.

—Esta mañana ha estado la Policía interrogándole. Aún no ha podido ver a sus hermanas, como quien dice, y está muy cansado porque hoy le han puesto en marcha a las tres de la madrugada—nos dicen.

Nos asomamos a la ventana que da a un patio interior del palacio de la Embajada, destinado a cocheras. Hay varios automóviles con matrícula CD, uno de ellos Peugeot, que posiblemente sea el de monseñor Ussia, aquel que apareció con las luces encendidas, el motor en marcha y la portezuela abierta, en vía Dei Farnesi, la noche del secuestro.

—¿Y dónde está ahora monseñor Ussia?—preguntamos.

—Ahí enfrente, en esas ventanas que tienen las lámparas encendidas.

A través de las cortinas blancas, vemos unas luces que brillan. Pensamos que allí estará sentado monseñor Ussia, entre tapices y cuadros isabelinos, respondiendo a la misma pregunta, narrando el momento del secuestro una y otra vez.

—Ya sabe que estás aquí. Dice que aguardes un momento, que está con unos sacerdotes amigos.

La espera es larga. El sol marcha ya lejos y el viejo palacio de la Embajada empieza a deshabitarse de funcionarios que ponen la funda de hule a la máquina de escribir y se van.

Esta especie de quinielas

de la popularidad, que el lamentable suceso del secuestro ha hecho recaer sobre la persona de monseñor Ussia, no sólo le ha interrumpido el ritmo monótono y apacible de su vida, sino que ha traído vientos de huracán a la mesa del agregado de Prensa, Alejandro Armesto, porque llegan enviados especiales de las principales revistas de Francia que quieren nada menos que una entrevista exclusiva, al tiempo que los periodistas italianos montan su guardia en las puertas de la Embajada con su batería de máquinas fotográficas.

Hace solamente trece días, monseñor Ussia cruzaba los pasillos de estos despachos como un sacerdote más, lejos de pensar que pudiera ser noticia para el mundo y que los corresponsales de Prensa iban a estar sin dormir cerca de medio mes pensando en su suerte.

Monseñor Ussia, de cerca

Estaba allí, en el salón regio de la Embajada de España, con las paredes tapiadas de raso rojo, bajo un enorme retrato de la reina Isabel II. Tenía los brazos cruzados y un gesto amable, de conformidad. Ya no aparecía pálido, como le habían visto los periodistas a primeras horas de la mañana—algo había podido descansar—, y nuestra primera impresión era realmente grata.

Monseñor Ussia tiene cuarenta y cuatro años. Viste hábito de tela fina, brillante, impecable.

Saludamos al embajador, don Antonio Garrigues, que acompañaba al prelado.

—Le advierto a usted—nos dice monseñor Ussia, asiduo lector de PUEBLO—que mi vida no tiene nada de particular. Nací en Bilbao, en el barrio viejo de las Siete Calles. Mi padre, diplomático, fué destinado a Liverpool cuando yo contaba tres



años. No aprendí el inglés en aquella ocasión, como puede suponerse. Volvimos en seguida a Madrid.

Primeras letras en un colegio religioso. Estudios de bachillerato en Bilbao, en los jesuitas. Es un joven de Acción Católica, en cuyo seno trabaja activamente. En seguida, la vocación religiosa.

—¿Cómo se manifestó en usted, monseñor Ussia, la vocación religiosa?

La pregunta le hace ruborizar. Titubea. Quiere decir algo que luego no se decide a referir, seguramente al pensar que habla para un periódico.

—Pues, mire usted, yo creo que no debe comentarse algo tan íntimo como es la vocación religiosa. Muchos y diferentes factores contribuyeron a ella; pero yo creo que la principal fué por mi formación como joven de Acción Católica, es decir, por mi deseo de apostolado.

Seminario de Vitoria. Poco tiempo de párroco en el País Vasco.

—Guardo un gran recuerdo de aquella época.

Roma. Se doctora en Derecho Canónico y, en 1952, comienza a trabajar en la Embajada de España cerca de la Santa Sede como consejero eclesiástico.

—Los veranos voy, siem-

pre que puedo, a Bilbao.

La vida de monseñor Ussia ha sido normal, apacible, sin más incidencia que el rapto de que fué objeto en la noche del 31 de abril, cuando se dirigía, desde la Embajada, a su domicilio de vía Giulia, 151.

Primeros momentos

Cuando le decimos que si le importaría relatar, una vez más, cómo se inició la historia del secuestro, monseñor Ussia entrelaza los dedos de las manos y sonríe con resignación.

—Yo había salido de aquí, de la Embajada, hacia las nueve de la noche, a pesar de que era sábado; pero tenía trabajo que me había retenido en el despacho. Al llegar a Vía del Farnesi, que es una zona de Roma con escaso alumbrado, como usted sabe, vi un coche parado y a un hombre tendido en el suelo. ¡Algunos periódicos han llegado a decir que yo le había atropellado...!

Supuso monseñor Ussia que el hombre que estaba en el suelo era un herido y detuvo su automóvil para bajarse a auxiliar al hombre que trabajosamente intentaba recoger al supuesto accidentado.

—No acababa de dominarle; lo movía con difícil-

tad—sin duda intencionadamente—, como si el herido fuese un hombre de mucho peso o el hueco por donde intentaba introducirlo demasiado pequeño. Entonces yo abrí la puerta contraria y comencé a tirar del herido para ayudar a meterlo dentro del coche...

Monseñor Ussia saca un pañuelo y se lo pasa suavemente por los labios.

—No es conveniente decir esto—nos aconseja—, porque sería triste que ocurriera un accidente de verdad, me refiero a un atropello, y que nadie prestara auxilio al herido por suponer que podían correr el mismo riesgo que yo. Eso sería muy triste. ¿Usted me comprende?...

—¿Entonces fué cuando sintió que le empujaban?

—Efectivamente. Un hombre, desde fuera, me introdujo con brusquedad en el automóvil al tiempo que me decía que no me moviera porque sería peor.

—¿Llevaba algún arma?

—No; pero me dijo que si me movía... Bueno; esto tampoco debe decirse... Me dijo que si me movía... me iba a meter una bala en el cuerpo. Fué algo así... Pero no vi armas y el trato no fué en momento alguno violento.

(Continuará.)